



Libros de batas blancas

TESTIMONIOS DE MOISÈS BROGGI, NORMAN BETHUNE, MIJAIL BULGAKOV Y TAKASHI NAGAI ▶4

Y ADEMÁS ▶2. Tinta fresca: Michel Hérubel. ▶3. Narrativa: John Mortimer. Mathias Enard. ▶6. Música: Igor Paskual. Nins i joves: Victòria Tubau.
 ▶7. Art: Ferran Cano / Amparo Sard. Còmic: Bryan Talbot. ▶8. Plagueta de notes: Nino Rota. Antoni Pizà. Passeig de ronda: Gregorio Morán.

Coordinación: Francesc M. Rotger

JAVIER TOMEIO

Su última novela, 'Constructores de monstruos', y la edición de sus 'Cuentos completos' culminan la obra del narrador español más peculiar, fallecido el sábado y al que ha traducido el mallorquín de adopción Jean Schalekamp

Monstruos, absurdos y bestias

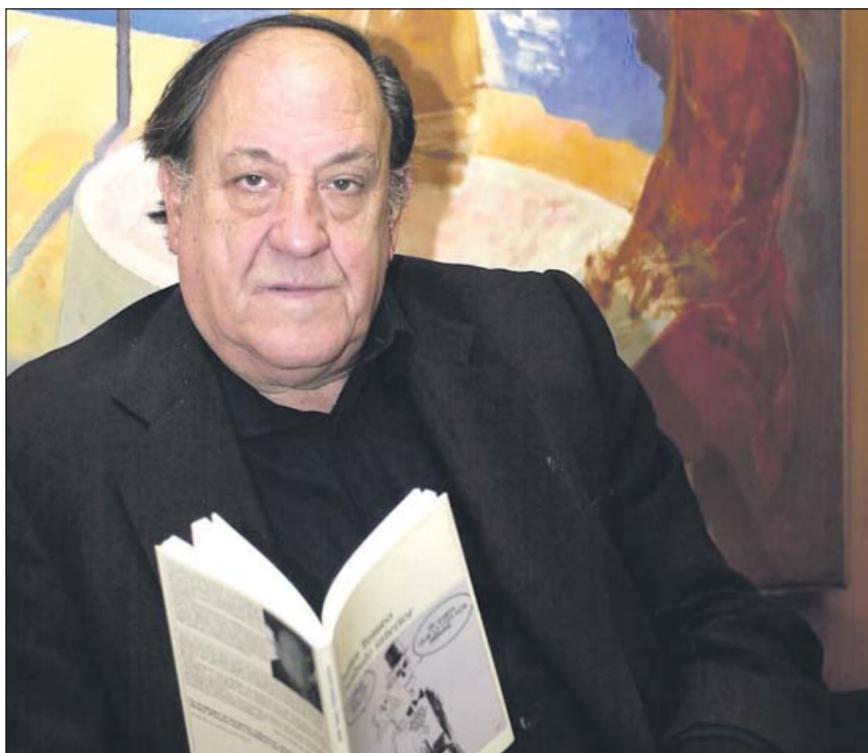
Narrativa

POR EUGENIO FUENTES

■ Componer en tan sólo dos meses un monstruo dotado de ocho cerebros, y doble mandíbula con 60 o 90 dientes, sin poseer experiencia alguna en tan ardua materia y contando por toda ayuda con un manual salido de la pluma de un tal Gropius es la titánica labor a la que se entregan los dos protagonistas de la última novela del aragonés Javier Tomeo. Cumplidos ya los ochenta años, y con medio siglo de títulos a sus espaldas, el más peculiar e inclasificable de los narradores españoles, fallecido el sábado, acababa de publicar *Constructores de monstruos* (Alpha Decay), una fábula de resonancias góticas, ilustrada con caricaturas salidas de su propia mano, que podría tomarse por filosófica humorada al venir de un autor cuya obra está poblada, precisamente, por monstruos, animales humanizados y esperpénticos personajes que evolucionan en los límites del absurdo.

Constructores de monstruos, que coincide en las librerías con la impresionante edición de los *Cuentos completos* de Tomeo editada hace poco por Páginas de Espuma, arranca en algún momento del siglo XIX, en algún punto de Centroeuropa, en un clima de desatado furor por remedar a Mary Shelley. Un siete-mesino de desmedida cabeza, Raimonius von Bernstein, barón de Cucurstein, y su ayudante microcéfalo, Tadeusz von Rippstein, se encierran en un castillo próximo a un cementerio para acometer un encargo del markgrave de Ulmdg, tío del barón: dar vida a un monstruo aterrador cuya sola presencia aplaque los ánimos levantiscos de los pobladores del feudo. Durante seis días, narrados en forma de diario por Cucurstein, los dos aprendices de brujo debaten, al hilo de la atenta lectura del manual, las características que habría de tener el engendro. Hasta que la historia adquiere sus propios e inesperados derroteros.

Atravesada por una tensión latente que crece en cada capítulo y alimentada por el habitual humor con el que Tomeo explora la extrañeza ante el mundo, *Constructores de monstruos* tiene todos los rasgos que han convertido al aragonés en la luminaria más peculiar de la narrativa española. Los persona-



El escritor aragonés Javier Tomeo, fallecido el sábado. JULIÁN MARTÍN

jes, de raigambre kafkiana (no en vano el monstruo ha de llamarse Karolo), evolucionan a su propio albur en un espacio cerrado. O mejor -como explica el propio Tomeo en la breve introducción a la obra-, siguiendo los automatismos psíquicos del autor a lomos de un lenguaje que, en la estela de Poe, y también son palabras suyas en reciente entrevista, se rige «por la condensación (ya que), la luz de las palabras ha de ser interior. (Dejo) que mis palabras nazcan, como lo hacen, de forma espontánea, para luego someterlas a una gran introspección».

La lectura del manual de Gropius (guiño que remite al arquitecto fundador de la Bauhaus, defensor de la forma al servicio de la función) permite excursos sobre los peces payaso, las relaciones entre sexo y humor o la naturaleza de la ciencia («¿y si sólo sirviera para que al final acabemos aceptando nuestra ignorancia?»). Tomeo desliza incluso un anacrónico comentario -la anacronía es una de sus armas de extrañamiento- sobre la invasora moda

gastronómica actual: «Los cocineros se han vuelto tan importantes que no me extrañaría que dentro de poco tuvieran sus propios castillos», reflexiona el barón.

Pero el meollo conceptual de la novela está en la reflexión sobre lo monstruoso, extrapolable a toda experiencia del límite. «Los monstruos por definición tienen que ser feos, asimétricos y deformes (...). Si no lo fuesen, ya no serían monstruos y no nos servirían de consuelo (...). Si en este mundo hay monstruos es para que nosotros, que también estamos en él, nos consolemos pensando que podríamos ser peores de lo que somos», explica Cucurstein.

De monstruos, de animales y vegetales que reflejan al ser humano, de objetos alucinantes y de individuos extranjeros al mundo -destilación de todos los extraños agolpados bajo las máscaras cotidianas de la persona- están llenas las más de 850 páginas de los *Cuentos completos* de Tomeo, uno de los lanzamientos editoriales más relevantes de la tempora-

da. En edición de Daniel Gascón -autor de ocho páginas introductorias que valen por un tratado-, el volumen se compone de las colecciones de relatos *Bestiario* (1988), *Historias mínimas* (1988), *Problemas oculares* (1990), *Zoopatías y zoofilias* (1992), *El nuevo bestiario* (1994), *Cuentos perversos* (2002) y *Los nuevos inquisidores* (2004), además de un centenar de inéditos y reescrituras cuya lectura permite establecer una panorámica sin precedentes de la producción del autor de *El castillo de la carta cifrada*.

Es verdad que el destino literario de Tomeo, que empezó a publicar con su propio nombre en 1967 (*El cazador*), cambió con la novela *Amado monstruo* (1985), celebrada por el público y la crítica españoles, y aclamada en Francia en su adaptación teatral. Pero no lo es menos que el autor consideraba que lo mejor que había escrito nunca es *Historias mínimas*, volumen de brevísimas piezas dramáticas coronadas por el éxito cuando se representaron en el prestigioso festival de Avignon. Y es igualmente cierto que en sus bestiarios y catálogos de limitaciones humanas Tomeo encuentra el molde idóneo para reflejar, a través de un lenguaje aún más depurado que el de sus novelas, todas las anomalías y absurdos que percibe, intuye y extrae de una infeliz cotidianidad marcada por el azar, la soledad, el silencio, la incomunicación o el fracaso.

En su extrema concisión, los relatos alegóricos de Tomeo nos brindan el desnudo integral del escritor metafísico que, cuando el realismo era dogma, llamó a las puertas del mundo literario arropado en Kafka. Fue Freud quien le puso en la pista y, de paso, le dio un salvoconducto para el surrealismo y, por tanto, para su paisano Buñuel, que resuena con nitidez en algunas acotaciones de las «historias mínimas». Como también resuena en muchas piezas Beckett (véase la imposibilidad y la necesidad de escribir en *El castillo de la carta cifrada*), aunque el aragonés no se mimetice con él, ya que mientras el modernista irlandés busca el límite absoluto hasta hundirse en un silencio del que renace una y otra vez, Tomeo hace de la contención virtud y pierde mucho menos de vista el horizonte de lo cotidiano.

Es en esa cotidianidad donde se agita, y a veces explota en brusca irrupción, la más profunda España negra, la de Goya, pero también la de Valle-Inclán y la de las mejores páginas de *La Codorniz*. ¿De dónde, si no es de lo carpetovetónico, iba a salir la escena de *Constructores de monstruos* en la que el barón Cucurstein explica a su ayudante cómo apedrear perros a muerte aprovechando su incapacidad para interrumpir un coito?



JAVIER TOMEIO

Constructores de monstruos

▶ ALPHA DECAY, 120 PÁGINAS, 14,90 €

Cuentos completos

▶ Edición y prólogo de Daniel Gascón
 PÁGINAS DE ESPUMA, 890 PÁGINAS, 29 €